

¿Virginidad de la Lengua?

por Sebastián Salazar Bondy

No hace mucho, la Academia Colombiana de la Lengua emitió una especie de anatema lingüístico contra las expresiones extranjeras que se emplean en el deporte. En aquel curioso e ingenuo documento, dicha institución recomendaba reemplazar los términos extraños o nuevos, consagrados en la práctica multitudinaria, por otros tenidos como apropiados y castizos. Así, auspiciaba el uso de "envión" en vez de "sprinter", "entusiasta" en vez de "hincha", "puntaje" en vez de "score", etc. El propósito, sin duda, es sano, pero es poco menos que imposible intentar sustituir vocablos que, aunque procedentes de otros idiomas poseen para el hombre común un significado preciso, con palabras de contenido vago o simplemente aproximado a lo que se quiere designar. La historia no es sorprendente al respecto. Cada vez que el pueblo incorpora a su acervo alguna fórmula expresiva tomándola de una lengua ajena, aparecen los custodios de la pureza idiomática y condenan el hecho con ademán voluntarioso, propugnando, al mismo tiempo, su destierro por medio de un término arcaico, cuando no corriente pero inadecuado. Todo ello en aras de la supuesta virginidad del habla.

Emana de los Hechos

Precisamente en estos días está ocurriendo entre nosotros un fenómeno de esta índole. La construcción del desnivel de la Avenida Arequipa ha desatado una confusión expresiva que amenaza convertirse en absolutamente caótica. Se ha impuesto y generalizado el nombre de "by pass", que significa en inglés "paso en torno", nombre que no corresponde, como se echa de ver, a ese tipo de obra de ingeniería. La denominación justa es "under pass" ("paso por debajo"), pero el hablante común no tiene la culpa de la difusión de este error, ya que fueron los propios constructores los que pusieron en circulación tal equívoco, del cual hoy, con elegante gesto, quieren ellos mismos desligarse. Pero sea "by pass" o "under pas", el problema radica en otro punto: el de la facilidad y economía de esfuerzo que entraña el empleo de palabras inglesas para todo aquello que atañe a actividades que en los países de ese idioma han alcanzado un alto desarrollo. Nadie está dispuesto a adoptar, en homenaje a ninguna academia, vocablos que se resisten de forzados. Para aludir a la construcción de las avenidas Arequipa y Javier Prado es absurdo usar "cruce a dos niveles" — toda una frase —, "paso dual" — expresión cacofónica — o "puente a desnivel", que junto a la breve y tónica de "by pass" resultan parejamente lujosas y torpes.

Nada ha podido el alegato gra-

matical contra la nomenclatura arquitectónica. "Living" sigue siendo más justo que "sala de estar" y "hall" más conciso que "vestíbulo", entre otras razones porque la técnica arquitectónica no ha tenido en las naciones hispánicas el adelanto que en las anglo-sajonas. Y el lenguaje no es una estructura que se imponga desde fuera, como una ley o un decreto, sino que emana de los hechos con toda la fuerza de la realidad. En el orden de otras disciplinas prácticas o teóricas, acontece lo mismo. El teatro está plagado de términos franceses e italianos, la filosofía de expresiones alemanas, la ciencia de neologismos norteamericanos. Tan fuerte es la invasión, tan potente el arraigo de los nombres en las cuestiones que designan, que ni la acción policial podría obligar a los especialistas a abandonar el repertorio de extranjerismos que poseen para el buen ejercicio de su oficio o profesión. Los esfuerzos de José Gaos por traducir a Heidegger, el gran pensador germano, a nuestro idioma no han podido evitar que los dedicados a esa materia poden de su terminología, al hablar del autor de "Ser y Tiempo", los vocablos alemanes.

Detener un Río

En el fondo, no hay peligro alguno para la virginidad del castellano. De ahí que todas las campañas en pro de la pureza de la lengua sean ociosas. La única campaña posible es la de fomentar entre nosotros el desarrollo de la técnica, la industria, la ciencia, pues de ese progresivo desenvolvimiento provendrá un español más al día, menos literario y complejo, justo para ser aplicado a la multiplicidad de la vida actual. De otra parte, con la balumba de extranjerismo no será enajenado nuestro espíritu si nuestro espíritu mantiene su poder creador, su posibilidad fecundadora. La Lengua sabrá asimilar los vocablos nuevos, tal como lo hizo antes, y los hará parte de su inmenso torrente. Porque si echamos una mirada a lo que algunos piensan que es el transfondo castizo de nuestro lenguaje hallaremos que un alto porcentaje de palabras fueron originariamente intrusas. Afortunadamente, nadie las quiso extirpar proponiéndoles sustitutos, pues ellas han enriquecido el idioma, le han dado cuerpo y unidad.

Dejemos al deporte con sus términos exóticos que la vasta voz de las multitudes va puliendo pacientemente y dejemos también ese "by pass" que la boca del pueblo ha comenzado a amasar como una materia prima para dar vida a una flamante palabra que ningún profesor de lingüística puede adivinar. Después de todo, el habla es un producto colectivo y variarla con medidas exteriores equivale a detener un río caudaloso con una espuerta de leve arena.